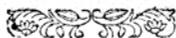


DISCURSO Y COMPOSICIONES
LEIDAS EN EL TEATRO DEL PROGRESO
DE ESTA CIUDAD
LA TARDE DEL DIA 5 DE ESTE MES,
EN CONMEMORACION DEL ANIVERSARIO
DE LA BATALLA LIBRADA POR EL GENERAL
C. IGNACIO ZARAGOZA
CONTRA EL EJERCITO FRANCES, CERCA DE PUEBLA,
EL DIA 5 DE MAYO DE 1862.



MONTEREY.

—
IMPRENTA DEL GOBIERNO,
á cargo de Viviano Flores.

—
1874.

ORACION CIVICA

Pronunciada el 5 de Mayo de 1874 en el Teatro del Progreso de Monterey en conmemoracion del glorioso 5 de Mayo de 1862 por el Lic. C. Trinidad de la Garza y Melo, nombrado orador oficial por la junta patriótica.

CONCIUDADANOS:

Hoy celebra el pueblo mexicano el aniversario de uno de los mas faustos y gloriosos hechos de su historia: celebra hoy el espléndido triunfo que nuestro improvisado ejército nacional, compuesto de ciudadanos mal armados, sin escuela ni disciplina militar y aun sin el competente material de guerra, alcanzó en las inmediaciones de Puebla sobre el disciplinado y aguerrido ejército frances en la memorable batalla del 5 de Mayo de 1862.

Para hablar debidamente de tan grande hazaña, me siento demasiado pequeño, y solo por deferencia á la respetable junta patriótica que se dignó honrarme con esta comision, para mí tan árdua, me atrevo á ocupar hoy esta tribuna con el mismo temor con que otras veces, y en iguales aniversarios, la he ocupado, y con el mismo respeto al pueblo que siempre he acostumbrado cuando se me ha impuesto la obligacion de dirigirle la palabra.

Bien hubiera sido esta hontosa comision confiada á uno de nuestros ilustrados y entusiastas jóvenes en quienes el Estado funda con justicia sus mas halagüeñas esperanzas. ;Pero á mí conciudadanos . . . ! Yo profundamente agradezco esta alta y honorífica distincion; pero no me creo apto para corresponder á ella. Ciertó es que en este dia me siento arrebatado por la fuerza del entusiasmo y quien no se siente lo mismo cuando se recuerdan las glorias de la patria? Ciertó es tambien que en mi pecho late y ha latido siempre un corazón verdade ramente mexicano y que me abrasa el sagrado fuego del patriotismo; mas no podré comunicar con la palabra á mis oyentes ese entusiasmo que me arrebatá, ese fuego patriótico que me abrasa, porque las palabras brotarán frías de mis labios, heladas por la nieve que la infatigable mano del tiempo ha arrojado sobre mi cabeza. No obstante: he sido encargado de hablaros sobre el objeto de esta patriótica reunion, y lo haré como pueda, contando con vuestra indulgencia.

Breve será mi discurso, y en él no encontrareis ni brillantez, acaso ni correccion de estilo; ni elevacion de ideas, ni animacion, ni gracia y valentia. tal vez ni orden al expresarlas. Mi estilo siempre será humilde, cual conviene á mi humilde y oscura posicion.

Mas ¿qué os podré decir, conciudadanos, que sea digno de tan noble y grandioso objeto? ¿Qué os podré decir para revivir vuestros gratos y entusiastas recuerdos de aquel glorioso dia en que nuestros ínclitos guerreros ornaron sus frentes con inmarcesibles laureles? ¿Con qué palabras podré excitar en vuestros corazones el no extinguido sentimiento de admiracion, de respeto y de justo agradecimiento hácia nuestro ilustrado gobierno y á nuestro sufrido y valiente ejército que tan alto supieron levantar el crédito de nuestra nacion, tanto tiempo vilpendiada y en todos sentidos calumniada por las naciones extranjeras?

Para apreciar justa y debidamente la importancia del triunfo obtenido por nuestras armas en el memorable 5 de Mayo de 1862, bastará, conciudadanos, que recordémos, pues se trata de hechos de ayer, el estado de triste y lamentable abatimiento en que se encontraba nuestro país, cuando fué invadido por las fuerzas unidas de tres poderosas naciones de la Europa.

Se hallaba nuestra patria en extremo debilitada por sus continuas convulsiones políticas; aun no terminada del todo la última desastrosa guerra en que el gobierno nacional defendia la constitucion de 1857 contra los hombres del pasado, que á mano armada pretendian destruir las ideas de libertad y de progreso que el país habia adoptado conforme á los principios de la moderna civilizacion, para sustituirlas con el ominoso régimen de opresion y de oscurantismo; el antiguo ejército, si bien con pocas excepciones, habia defeccionado, uniéndose á los sublevados y volviendo contra el gobierno las armas que éste habia puesto en sus manos para la defensa del orden constitucional; y esta larga lucha, en que la nacion triste y llorosa habia visto correr á torrentes la sangre de sus hijos, impia y cruelmente despedazados los unos por los otros, habia dejado exangüe al pueblo, al tesoro público exhausto.

Tal era el estado de las cosas, tales eran las circunstancias verdaderamente aflictivas en que se hallaba la nacion cuando las escuadras de tres potencias de la Europa se presentaron en las aguas del Golfo con el objeto de invadir nuestro territorio y con órdenes e instrucciones para derrocar al gobierno nacional; arrebatarnos nuestra independencia, á tanto precio conquistada por nuestros padres; destruir las instituciones que el país se ha-

bia dado en uso de su indisputable soberanía, y sobre las ruinas de nuestra adorada libertad levantar en México un trono y sentar en él, á un príncipe europeo. Así lo habían acordado los gobiernos de Inglaterra, Francia y España por medio de sus representantes en el tratado de alianza celebrado en Londres en 31 de Octubre de 1861, señalándose desde entónces á un príncipe austriaco para futuro soberano de México; y aquellas tres escuadras venian á poner en práctica el acuerdo de sus respectivos soberanos, aliados mediante el célebre tratado de Londres.

Tan brusco y formidable amago hecho á la soberanía de la nacion sin prévia intimacion, ni declaracion de guerra; contra los saludables principios reconocidos del derecho internacional; á estilo, en fin, del mas odioso filibusterismo, no desconcertó á nuestro gobierno nacional, ni aunque hubiera sido mayor el peligro, habria perturbado la fria, la impassible, la inquebrantable serenidad del hombre de corazon que en aquellas circunstancias regia los destinos del país, del ilustre varon, del inmortal y benemérito ciudadano Lic. Benito Juarez. No vacitó éste, ni por un momento, en obrar conforme á lo que en situacion tan angustiosa le dictaba la conciencia de su deber como primer Magistrado de México. Se apresuró, pues, á levantar con mano firme el guante que con desprecio arrojaban á la nacion aquellas tres potencias aliadas, y se dispuso á defender con valor y energía los derechos y la autonomia del pueblo mexicano.

Siempre hará honor á México esa decision noble y patriótica, esa firme y heroica resolucion de hacer frente á los tres ejércitos unidos en medio de las azarosas circunstancias en que se hallaba el país, esa actitud digna, imponente, magestuosa en que nuestro ilustrado gobierno esperó á los injustos invasores, para oponer á sus vigorosos ataques los débiles, esfuerzos de un pequeño é improvisado ejército de soldados mal armados, sin disciplina y sin otro elemento de guerra que su gran corazon y la justicia de su causa.

Mas no fueron, por fin, los tres ejércitos unidos á los que tuvo que resistir nuestro gobierno: ya solo tuvo que habérselas con el ejército frances.

Después del convenio de la Soledad, al que con cinismo inaudito faltaron Saligny, Ministro de Napoleon III. y el General Laurencez, jefe de la armada francesa, los ingleses y españoles rompieron el tratado de alianza y volviendo sobre sus pasos, regresaron á sus respectivas naciones, dejando solo al ejército frances. El General Laurencez estaba resuelto á llevar adelante con su sola fuerza la órden que habia recibido para derrocar á

nuestro gobierno nacional y establecer en México una monarquía. Emprendió, pues, su marcha sobre la capital de la república, creyendo puerilmente que solo tendría que hacer un hermoso paseo militar por un camino alfombrado de rosas.

Muy pronto recibió el desengaño. El General Ignacio Zaragoza, jefe del ejército mexicano, después de haber dado en las cumbres de Acultzingo una ruda lección á los invasores en 28 de Abril de 1862, se hallaba con su puñado de valientes en la ciudad de Puebla, á donde se había retirado á tomar posiciones y esperar allí el ataque del osado invasor.

Amaneció el 5 de Mayo, cuyo sol estaba destinado á alumbrar uno de los hechos mas gloriosos de nuestra moderna historia. Avistase el ejército francés; avanza hasta tomar sus posiciones; salen nuestras tropas y forman en batalla; Laurencez desprende sus columnas de ataque; Zaragoza comprende el plan del enemigo, y manda reforzar los puntos amenazados; fuertes columnas francesas atacan el cerro de Guadalupe, y otras, no ménos respetables, emprenden tambien sobre el lugar en que estaba formada nuestra línea de batalla; trábase por tres veces un reñido combate, y por tres veces los reclutas, los bizoños soldados mexicanos vieron volver la espalda y correr espantados á los veteranos de Francia que con sus proezas habían admirado al mundo. El ejército francés habia sido derrotado en pocas horas, no obstante su pericia y su mayor fuerza numérica. El General Laurencez tuvo que retirarse avergonzado hasta Orizava con los restos del destrozado ejército.

Esta victoria de nuestros soldados reclutas contra los aguerridos veteranos de Francia elevó hasta la epopeya al pueblo mexicano, á su ilustrado gobierno y al valiente ejército vencedor, y dió á conocer al mundo que México es muy digno de ser considerada y respetada en sus derechos de nacion independiente, libre y soberana. Este brillante triunfo presentó á México y á su gobierno constitucional ante el mundo civilizado en toda su magestuosa dignidad y desmintió solemnemente las imputaciones calumniosas con que en las cortes europeas habia sido escarnecido el pueblo mexicano, haciéndosele aparecer como una reunión de hombres desordenados, sin ninguna virtud social y miserablemente cobardes á causa de sus mismos vicios. La victoria del 5 de Mayo de 1862, fué admirada y aplaudida con entusiasmo por todas las naciones civilizadas, amantes de la justicia y del derecho que todo Estado tiene para organizarse y gobernarse por sí mismo, repeliendo cualquier extraña intervención.

En aquella brillante jornada nuestras humildes tropas se cubrieron de gloria. Los generales Berriozábal, Negrete, Diaz y otros muchos esclarecidos gefes, y sobre todos el impertérrito jóven General Zaragoza, bravo y hábil guerrero, hijo de esta frontera, se elevaron al rango de los héroes. La historia siempre los hará figurar al lado de los ínclitos Hidalgo y Morelos. ¡Saludémos con admiracion, gratitud y respeto á tan ilustres hombres!

Nuevoleoneses: muchos de vosotros contribuisteis con vuestro arrojo é indomable valor á alcanzar aquel inolvidable triunfo, cuyo aniversario celebramos hoy llenos del mayor entusiasmo. ¡Yo os admiro y respeto valientes hijos del Estado! ¡Yo os saludo y os felicito por los frescos laureles con que ceñisteis vuestras frentes en aquel día de imperecedera memoria!

He dicho ya, conciudadanos, todo cuanto en mi corta capacidad he podido decir en conmemoracion del 5 de Mayo de 1862. A grandes rasgos y en lo muy preciso, aunque con torpe mano, os he trazado el cuadro histórico de tan glorioso día. Al hacerlo he omitido de intento un hecho vergonzoso, que desearia se borrara para siempre de nuestra memoria. ¿A qué acibarar esta funcion de regocijo público, mezclando á nuestros gratos recuerdos el recuerdo amargo del extravío de algunos mexicanos que prestaron auxilio á los enemigos de su patria? ¿A qué revivir odios medio extinguidos? ¿A qué excitar el mal apagado fuego de las pasiones políticas? ¡Lamentémos aquel momento de fatal extravío y compadezcámos á los que lo sufrieron! ¡Déjémoslos en paz! La nacion les ha concedido ya un perdon generoso.

Tampoco he querido concitar odio contra las naciones coligadas. He dicho mal; no fueron ellas; fueron sus monarcas los que se coligaron contra México. Ellas—no me refiero á la libre Inglaterra—ellas mismas no podian sacudir el yugo de sus despoticos gobiernos: ménos podian haber evitado la invasion a México, decididamente acordada en las altas regiones del poder, y en vano la generosa voz de Julio Favre y las de otros ilustres oradores se dejaron oír en el seno mismo de la asamblea legislativa de Francia en favor de nuestra justicia y en contra de la temeraria empresa de Napoleon III.

Por otra parte: la nacion francesa y la española han sufrido despues muy rudos golpes: bien caros han pagado los caprichos de sus monarcas. La Francia sucumbió vergonzosamente y con incalculables pérdidas en la titánica guerra de Prusia. ¡Compadezcámosla en su desgracia! Napoleon III fué he-

cho prisionero del rey Guillermo dentro de los muros de Sedan y cayó, y cayó para siempre: fué desconocido por el pueblo francés, que en medio de sus desgracias proclamó la república. El destronado Napoleón III, Luis Napoleón Bonaparte ha muerto ya: sus descarnados huesos reposan en lo hondo de un sepulcro levantado en extraña tierra. ¡Dejémos en paz á los muertos; no revolvámos sus cenizas! Isabel II ha sido destronada por el pueblo español, que también se ha erigido en república: la altiva hija de reyes, la que fué reina de España, la que se llamó Isabel II come hoy con su familia el amargo pan del destierro. ¡Digna es de nuestra generosa compasión! La España padece hoy los gravísimos males de una desastrosa guerra civil. ¡Lamentémos las desgracias de nuestros padres! Hagámos votos porque España y Francia logren consolidar sus nuevas instituciones y teudámos una mano amiga á estas dos naciones, nuestras hermanas en la democracia!

¡Y en cuanto á nosotros, conciudadanos, aprovechemos las lecciones de la experiencia; tengámos presente que aun no se afianzan nuestras bellas instituciones; que nuestro edificio social levantado sobre los cimientos echados por la constitucion de 1857, día á día se está minando sordamente por los enemigos, y aun por muchos incautos amigos del progreso y de la libertad del pueblo. . . . Mas á este propósito permitidme, conciudadanos, que concluya este mi desaliñado discurso con las mismas palabras con que terminé el que tuve la honra de dirigiros desde lo alto de esta tribuna en 5 Mayo de 1870.—Os dije entonces, y os repito ahora con la sincera voz del patriotismo:

“No olvidémos que nuestros pasados disturbios, nuestras imprudentes divisiones y discordias civiles, sistemáticamente fomentadas por los que se interesan en la pérdida de nuestra libertad, alentaron á los gobiernos de Europa á echarse sobre nosotros, para convertir á nuestro hermoso país en una nueva Argelia ó en otra desgraciada Polonia. ¡Qué tan ruda leccion no se pierda para los mexicanos.—El profundo respeto á la constitucion y á las leyes, de parte de los gobernantes y de los gobernados, conservará inalterable la paz; y la paz es el fundamento del positivo progreso de los pueblos. es la salud de las naciones. Defendámos siempre, á ejemplo de los inmortales héroes del 5 de Mayo, nuestra adorada libertad; pero gocémos de ella con arreglo á la ley, porque la ley es el fundamento de la libertad. La libertad en la ley sea siempre nuestra divisa. Tengámos presente que México está naturalmente llamada á figu-

rar en primera línea entre las naciones del mundo; no contrariémos con nuestras disensiones los altos designios que la Providencia tiene sobre nuestro rico y privilegiado país. Con nuestra conducta de juicio, de sensatez y de prudencia, hagámos que nuestra querida pátria sea siempre respetada como nacio independiente y soberana; y ella será tan gran , tan poderosa, tan floreciente y tan feliz, como merece serlo por la abundante riqueza de su suelo, por el inquebrantable valor y el patriotismo de sus hijos, y aun por sus mismas anteriores de gracias."—
DISE.

5 DE MAYO.

A MI AMIGO

C. GENERAL LAZARO GARZA AYALA.

Salud, dia inmortal, angusto dia,
Testigo del combate soberano
En que, á los piés de humilde mexicano,
Miróse prosternada la osadía,
La pertinaz audacia de un tirano.

Del Norte al Sur, de Oriente hasta el Ocaso,
La fama pregonó la inmensa gloria,
Que el valor alcanzó contra el marrazo!
¡La ley contra la fuerza! Cada paso
Que da la libertad, es gran victoria.

Tú lo comprendes, México adorada,
Tú, que, arrullada por preciados mares,
Has sido la ilusion siempre soñada
Del que, fiado en la portante espada,
Iluso no creyó que hubiera un Juarez.

Tú lo comprendes bien, oh patria mia,
A quien mi Dios con su bondad reboza.
Tú comprendes que aquí la tiranía
No bien despliega su tenaz porfia,
Cuando halla de escarmiento un Zaragoza.

Por eso tu pender, ese estandarte,
Emblema de la paz y de la guerra,
Es para el invasor signo que aterra,
Porque en la lid, oh patria, aunque sin arte,
Morder le hiciste en tu furor la tierra.

Por eso tu pendon glorioso ondea,
Y, reflejando de ese sol un rayo,
A la par que recuerda una pelea.
Patentiza á los hombres una idea:
"La libertad venció, cinco de Mayo."

La historia muestra con su luz al mundo,
Que solo Dios es superior al hombre. . . .
Sujetarlo al capricho furibundo
De un hombre-rey, es crimen sin segundo,
Es crimen contra Dios, no tiene nombre!
¡Rios de sangre, siglos de aflicciones,
Esclavitud, miseria, retroceso,
Sacrificios, de un rey á las pasiones!
Oprimiendo los libres corazones
Y la luz apagando del progreso. . . .!
Tal es, humanidad, tu cruel pasado. . . .
Tal es; humanidad, tu triste historia. . . .
Tú lo sabes, oh Francia, tu has mirado
Tu extenso suelo todo ensangrentado,
Para servir á la ambicion de gloria.

Y no contenta la procrax codicia
De dominar al hombre, al mismo hermano;
Burlando las borrascas, la justicia,
Oh Francia, tú lo has visto, que aquí inicia
En sus garras coger al mexicano.

Léjos estabas de creer ilusa,
Ilusa Francia de ambicion en sueño:
Que México el combate no rehusa,
Que podria vencerte el de la blusa
Armado solo de salvaje leño.

Que tu estandarte, reflejando gloria,
Cual lo veía el universo todo,
Y á México viniendo por victoria,
Alcanzara tan solo que la historia
Lo muestre al porvenir lleno de lodo.

¡Oh pobre Francia, de sufrir cansada,
Cansada de sufrir la tiranía
De una raza por hombres deificada. . . .!
Sea por ti esa raza despreciada,
Y siempre sea libertad tu guía.
Mira á mi patria, léjos de opulencia,

Dejando en libertad la inteligencia,
Al progreso, á la paz solo se aplica.
Con fe en el porvenir, siempre en aumento
Ir  su bienestar, su venturanza,
Elegir  por conductor al viento,
Del Gila la Bravo, que   la mar se lanza,
La distancia será solo un momento.
Y entregada al trabajo prepotente
Y   la virtud, oh patria; y tu memoria
Arrullada por siempre dulcemente
Con recuerdos de triunfos de alta gloria,
Feliz serás, feliz eternamente.
Y si tu dicha perturbar se osa
Por quien en derramar males se goza,
Arr jate   la lid cual vivo rayo,
Que brotar  del pueblo un Zaragoza
Que lleve el pabellon que alumbr  Mayo.

Monterey 5 de Mayo, de 1874.

HERMENEGILDO DAVILA.

ALOCUCION dirigida al pueblo por el Gobernador, Lic. C. Ramon Treviño, con motivo del aniversario de la batalla del 5 de Mayo de 1862.

CONCIUDADANOS:

Saludemos hoy, con el mas santo entusiasmo   la hermosa v rgen de Anahuac, porque hoy es uno de los grandes dias de la patria, El 5 de Mayo de 1862 es una verdadera epopeya, está escrito con letras de oro en el gran libro de la República, y con caracteres indelebles se halla impresa tambien en los pechos que abrigan un corazon mexicano y que saben estimar lo que vale el honor patrio. S , conciudadanos, en esa memorable jornada, del 5 de Mayo de 1862, México demostró al mundo entero de una manera evidente la irresistible voluntad de un pueblo libre que no quiere sujetar su cuello   la ignominiosa opresion de un déspota extranjero. El Benemérito Ejército de Oriente, mandado por el ilustre caudillo del pueblo, Ignacio Zaragoza, venciendo al renombrado ejército frances y poniéndolo en precipitada fuga en frente de las murallas de Puebla, conquistó para la patria esa hermosa corona de laurel que hoy ostenta en su orgullosa frente.

¡Bien por el Ejército de Oriente, conciudadanos! Que los nombres de los que lo compusieron pasen á la posteridad como un recuerdo de las glorias nacionales y como un modelo de imitacion!

Nuevo-Leon, este valiente y patriota Estado, en cuyo nombre tengo el honor inmerecido de dirigiros la palabra en ocasion tan solemne, se siente orgulloso y satisfecho, por que en su suelo se mecieron las cunas de innumerables patriotas de los que, sufriendo los ardorosos rayos del sol de Mayo, ponian su pecho como el antemural ante el que debian estrellarse las aguerridas tropas del déspota del Sena, aquellas tropas que tantos lauros habian conquistado en su eterna piratería por el mundo.

¡Bendito, pues, el ardoroso sol de Mayo que hizo marchitarse esos laureles, que con mengua del buen sentido, se presentaban ante el mundo como la santificacion misma del maldito derecho de la fuerza bruta!

Decia que Nuevo-Leon estaba satisfecho, y dije bien, conciudadanos, ¿no lo está acaso, y con mucha justicia, un padre, cuando recuerda las virtudes y hechos heróicos de sus hijos? ¿no lo estará cuando alguno le diga: tus hijos cumpliendo con su deber, salvaron tu honor que llegó á verse comprometido y que pudo ser torpemente vilipendiado? Seguro que sí. Pues una cosa semejante pasa á nuestro heróico Estado, cuando con dulce satisfaccion puede recordar que sus hijos conducidos á la victoria por nuestro ilustre compatriota Ignacio Zaragoza y por los valientes Escobedo, Treviño, Pedro Martinez, Lázaro Garza Ayala, Naranjo y tantos otros patriotas, contribuyeron á la memorable jornada del 5 de Mayo en Puebla, y unidos con multitud de nuestros hermanos de las demas Estados de la República, salvaron el honor de la Patria, natural es que se sienta grande y feliz.

¡Gloria á esos denodados campeones de la libertad y del honor nacional! ¡Que sus nombres pasen, como he dicho antes, á las futuras generaciones, para que nuestros hijos tengan ejemplos dignos de imitar!

Mas hoy que saludamos á la República, hoy que no se oyen en todas partes mas que cánticos patrióticos inspirados por el entrañable amor á México libre é independiente, debemos hacer fervientes votos por el engrandecimiento de la Nacion y por la prosperidad de nuestro Estado, tan digno por mil títulos de mejor suerte. Olvidemos, conciudadanos, en el gran dia de la Patria, todos nuestros resabios y rensillas políticas, recordando sólo que somos hermanos, ocupémonos todos de procurar el bien

de la Nación y la felicidad de nuestro Estado, deponiendo los odios y rencores injustos y trabajando todos de consuno en ese sentido, y estoy seguro, y aun puedo pronosticaros que se conseguirá ese fin. Hagámoslo, pues, y demostremos á la faz de la Nación que somos dignos de llevar el ilustrenombre de nuevo-leoneses.

Conciudadanos. ¡Viva la República mexicana! ¡Vivan los héroes del 5 de Mayo de 1862! ¡Viva el Supremo Gobierno Nacional! ¡Viva el Estado de Nuevo-Leon!

